Pandemia

Calles desoladas, miradas angustiadas, cierre de negocios, atracos masivos…este panorama desolador parece el de una película hollywoodense, de un cuento de Poe o de una profecía de Nostradamus. Que lógica se puede aplicar a una pandemia que no nos da tiempo de refugiarnos en algún sitio que no sea nuestra casa del Infonavit, con cuartos del tamaño de un sanitario. Todos sentados frente a la tele buscando series en Netflix, moviendo los muebles de un lugar a otro, pateando al gato para que no llene de pelos el sofá.

Hago homme office los lunes, miércoles y viernes, los demás estoy tratando de evadir las noticias, otra víctima más del Covid-19, en Ecuador dejan los cadáveres en la calle. Que alguien me explique en qué momento desolador nos encontramos. En la calle, llevo mis bolsas reciclables del súper, veo personas con cubre bocas, algunas no, nos piden que vayamos entrando de diez en diez…lo mismo en el banco. Unos a otros nos miramos con miedo, alguien estornuda a mi lado, pierdo el control, azoto las cosas y salgo corriendo. Me embarro la cara de gel antiviral. Me lavo las manos unas cinco veces. Trato de hacer un chingo de espuma. Una vez que recupero la calma me voy a tomar el camión, pasamos Zaragoza frente al IMSS, se suben dos enfermeras y empiezan a agredirlas, las empujan para que se bajen. Son tantos los gritos que ellas deciden bajarse. Qué triste llegar a agredir a quienes se están arriesgando todos los días. Miro por la ventana mi calma no dura mucho al ver pasar varios camiones del ejército. Ya valimos madres, me digo.

Que rápido se nos olvidó el feminismo, ya no nos importan los monumentos con frases contra el patriarcado, olvidamos si baja la gasolina, nuestra reservación a la playa queda ahí en espera, en la eterna espera de esta corona crisis. Estamos al borde de la histeria colectiva. Guarda la calma me digo, tenemos que ser fuertes, tenemos que demostrar como en el terremoto del 19

de septiembre del 85 y el 2017 nuestra solidaridad, nuestra empatía con nuestros congéneres.

Me ofrezco a hacerles la compra de su despensa a las personas, me anuncio por Facebook. Cobro una pequeña cuota y al hacer la entrega les escribo una pequeña nota de aliento: ¡Lo vamos a lograr!, ¡ten confianza!, ¡lo superaremos juntos!, ¡cuida a tus padres y abuelos!... Sentía una gran satisfacción al hacerlo, un pequeño mensaje podría hacer la diferencia, además aproveché que recorría parte de la ciudad para dejar un kilo de arroz o de lentejas en las zonas más pobres. No podía hacer algo más porque también estamos en una situación precaria, mi abuela que trabajaba de cerillo en la Mega se había quedado en casa sin sueldo y resguardada al ser los ancianos vulnerables frente al corona.

Tuve varias veces ganas de llorar, aparte de tener un sueldo base de 4 mil más las propinas, vivía en casa de mis padres, no tenía pareja y para rematar esta pandemia. Me sentía orgulloso de ser cuarentón y no haber padecido una enfermedad venérea, ni el VIH, lo único que padecí fue varicela y paperas. Todo parecía una serie de pruebas aprobadas, pero esta situación me tenía como varias veces me sentí, en total incertidumbre. Había tantas maneras de decir te amo y tan pocas las dije. A nadie le he dicho esa palabra tan temida en mi vocabulario, como lo es ahora pensar en la muerte.

Frente a mi laptop comencé a escribirles a mis amigos, a mis conocidos, los invité a subir a las redes mensajes positivos, a mis amigos artistas, a compartir sus poemas, sus cuentos o el fragmente de sus ensayos. Alenté a los músicos a dar conciertos en línea. Varios se ofrecieron a dar talleres sin costo, de origami, de creación literaria, yoga, artes escénicas…de repente sentí que un fuego encendido en mi ser, había esperanza, podíamos usar las redes sociales para difundir el arte, la esperanza, apoyar a los pequeños comerciantes a publicar sus anuncios, difundir por Whatsapp las entregas a domicilio al fin y al cabo vamos bien protegidos con guantes, cubre bocas y anteojos transparentes. Antes de hacer la entrega me embarro gel antiviral en las manos

y después de la entrega. Lo mismo al legar a casa, además de dejar los zapatos afuera y ponerme unas chanclas para caminar por la casa.

Un chispazo de luz se encendió y decidí dar clases de guitarra por Zoom, desde niño me había entusiasmado la música pero por motivos económicos me dediqué a trabajar dejando de lado mis expectativas. Es el momento preciso de retomar lo olvidado, lo que realmente me emociona, por lo que sería capaz de regresar los años. Quisiera poder cambiar y hacer lo que no hice pero no es posible, el tiempo no es renovable... Ante esta crisis comienzo a apreciar el sonido de los pajaritos, me salgo en las mañanas al patio a tomar el sol, me tomo un café con mi abuela y ayudo a mi mamá a preparar el desayuno. Nunca antes me había interesado la cocina, pero creo que tengo buen sazón. Mi mamá me permitió hacer un omelette con champiñones y queso. Estoy preparándome para lo peor, sin embrago en esta preparación estoy sacando la mejor versión de mí. Lo estoy viendo en mi familia, en mis amigos, en los vecinos. La pandemia está arrojando a los viejos modelos o patrones de comportamiento a las tuberías. “No se abracen, no se besen, no se den la mano”. Esta vez no voy a abrazar con los brazos, lo haré con la fuerza del amor.

Escucho mi música favorita, le doy otro sentido, el de la fragilidad, el de la temporalidad, todo es breve, somos efímeros, nada es para siempre. Es tiempo de voltear la mirada y decirle a la muerte, mira al saber tu existencia estoy disfrutando el momento. No tengo grandes expectativas y me parece que lo que logro es justo lo que necesito. Lo que no hice no me lo reprocho porque sé que lo que realicé en su momento fue bajo mi conciencia, entonces está bien, ahora soy otra persona, cada día nos renovamos, es el llamado al cambio. Es preciso una sociedad empática con la madre tierra, con los ancianos, con los niños, con todos. ¿No necesitamos una pandemia para que nos recuerde que la solidaridad es la respuesta? Necesitamos tolerarnos unos a otros pese a nuestra diversidad, somos la humanidad que nos tocó esta experiencia, esta crisis que nos da una lección de vida: Cuando te des cuenta que lo que haces a otro te lo haces a ti, habrás entendido una gran verdad. Lao Tse.